

Del capítulo 1

La oscuridad sobrecogía el páramo y el dormir inquieto de Aníbal Coloma. En la noche, descarnada y hostil, el terror surgió bajo la forma de dos lejanos puntos de luz. Unos ojos entumecidos y vigilantes los vieron aparecer de repente a lo lejos, muy pequeños, emergiendo mortecinos de entre las tinieblas. Nada más advertirlos, el cuerpo se tensa y se levanta electrizado, como la gacela que husmea la invisible presencia del depredador entre la maleza y se invade de angustia. La vista se clava en la hondura de las sombras. Los puntos de luz son pequeños, tiemblan y emiten cortos destellos y oscilaciones y a veces se apagan, pero vuelven a aparecer un segundo después. Sí, se mueven. Avanzan por el camino irregular y pedregoso que sube desde La Torca, y ahora ya se aprecia cómo aumentan rápidamente de tamaño, y poco después, ronco y siniestro, heraldo del dolor, llega el ruido del motor diesel. Vienen a por ellos, seguro; quizás un chivatazo, o la sospecha malevolente de algún campesino de la zona, o unas pesquisas diligentes, o simplemente la maldita mala suerte, pero ahora ya da igual. Celso corre hacia el caserón, conteniendo el aliento y apretando los puños, y sacude bruscamente por el hombro a su hermano Aníbal, aovillado bajo las mantas en un sueño frágil y asustado. «¡Son ellos. Ya llegan. Corre, corre!».

Del capítulo 3

El miércoles, por fin, se decidió a pisar la calle por primera vez desde la noche fatídica en el monte. Salió con bastante prevención, se tomó un café en un bar cercano, que le supo a triunfo y resurrección, y llamó a Adela desde una cabina.

«¡Aníbal, dios mío! —casi gritaba— me has tenido muerta de miedo. ¿Cómo te encuentras, cariño? ¿Qué te ha pasado?» ¿Por qué no la había llamado en una semana? Eso no se le hacía a nadie, y menos a alguien que lo quería, qué alegría, cariño, que dónde estaba, que qué hacía, lo quería tanto.

Cuando consiguió hacerla callar le dijo que estuviera tranquila y que iba a verla ahora mismo, ¿sus padres no estaban?, perfecto, «estaré en tu casa dentro de tres cuartos de hora o poco más, ya voy, ya voy, tranquila».

La casa de Adela Merino era el lugar más seguro para encontrarse con ella, ya que durante los siete meses que andaban juntos la había mantenido escrupulosamente ajena a la actividad política, a pesar de sus protestas, ¡qué linda y graciosa! Además, aún no estaba en la universidad, y por si fuera poco su padre era un teniente coronel

del cuerpo jurídico del Ejército del Aire. Pidió otro café, bebió el primer sorbo y entonces, por una rendija de su acumulada tensión, se le coló un rayo de nostalgia y sintió un agradable calor, como si un tibio vaho empañara suavemente su piel, y se puso a recordar cómo la había conocido una tarde radiante de verano en una cafetería del centro atestada de colegialas, y cómo volvía ella sonriendo a su mesa desde el *jukebox*, donde acababa de poner una melosa balada de Engelbert Humperdink que sus amigas celebraban con pequeños grititos de aprobación, y cómo iba, desenvuelta, con una falda plisada de cuadros escoceses justo por debajo de la rodilla y una blusa de color crema hinchada por el descaro de sus pechos: el uniforme del colegio de monjas, las monjitas, las monjilas, las sores y sórores y hermanitas y madres piadosas, con sus tocas y rosarios y sus crucifijos de madera, obsesionadas con la pureza y castidad de sus pupilas que iban con flores a María, con flores a porfía, que madre suya era, y cómo había deshecho, ella, Adela, rebelde, el lazo del cuello, dejándolo caer displicentemente en dos lascias tiras de tela que serpenteaban sobre la tersa piel de su cuello de virgen salida y mojada, ansiosa y receptiva.

Del capítulo 6

De repente un silbato suena fuerte y agudo en algún lugar cercano, muy cercano, seguido de unas estentóreas voces que gritan abajo el fascismo, fuera el imperialismo, república popular. A los pocos segundos, las voces son algarabía y docenas de personas, tal vez más de cien en total, se agolpan en el centro de la calle Venecia deteniendo el tráfico y enarbolando pancartas. Parecen surgir de cualquier parte, de las bocacalles adyacentes, de los bares y las tiendas, de los portales de algunas casas. El griterío aumenta. El policía que avanzaba hacia Aníbal se detiene sorprendido y después vuelve sobre sus pasos, presintiendo problemas. Sus dos compañeros, obedeciendo quizás a un reflejo que les iba a costar caro, han abandonado el coche y gesticulan amenazadora y exageradamente, esgrimiendo una pistola cada uno. Alguien de la repentina pero bien organizada manifestación los ve, y a los pocos instantes un piquete de defensa se encara con ellos. ¡Viva la república popular! Varios brazos casi sincronizados surcan el aire describiendo un arco y la salvación providencial de Aníbal Coloma vuela, silenciosa y apagada, hacia su objetivo. Después se oyen crujidos de vidrios que se rompen estrellándose contra el coche, la pasta de clorato potásico entra en contacto con el sulfúrico y la gasolina, y

surgen regueros de fuego que se desparraman por la carrocería del 1500 y por el asfalto. Hay llamaradas amarillas y rojizas que a momentos se avivan despidiendo fogonazos blancos, y menguan luego en tonos de oscuro cinabrio. Llega otra andanada de molotovs que al estallar detonan sordamente, como los antiguos flashes de magnesio. Los viandantes corren desordenadamente en todas direcciones, algunos se arrojan al suelo y otros se aplastan amedrentados contra las paredes. Todos gritan. Los tres policías están inmóviles, mirándose unos a otros alternativamente y sin reaccionar aún ante el inopinado motín, y entonces brota desde el suelo otra llamarada y sube a toda velocidad, como una enredadera abrasadora y voraz, por las perneras y la gabardina de uno de los sociales, que alza los brazos agitándolos frenéticamente y deja caer la pistola. Después corre aullando, dando tumbos y trapiés mientras varios peatones lo miran y gritan horrorizados, y sus compañeros corren tras él agitando sus gabardinas e intentando derribarlo para poder sofocar las llamas: «al suelo, Ricardo, tírate al suelo por tu madre». Ricardo es una alocada peonza encendida que despide polícromas lenguas de fuego con cada tumbo, con cada aspaviento de los brazos; parece bailar al son de sus propios alaridos, como atiborrado de mescalina, o como un derviche del que en cada giro salieran despedidas mariposas enardecidas y multicolores alimentadas de su chamuscada piel; un pelele que ya apesta a socarra y que solo al cabo de demasiado rato se echa al suelo, o tropieza, o simplemente se derrumba rendido, y sus compañeros caen sobre él y lo envuelven en sus gabardinas, y lo golpean y hacen rodar a derecha e izquierda para apagar el fuego.

Del capítulo 9

Ha llegado la hora de que pongas en práctica el entrenamiento que se te ha procurado, camarada. La dirección te encarga una trascendental misión. Blasco nos ha traicionado, y Blasco muere. Mátalo, Pastor.

Pese a que más que hablar, bisbiseaba, aquellas dos palabras estallaron en sus oídos como un trallazo seco y brutal. Lo que secretamente había estado esperando, lo que ya no podía seguir negándose que había deseado, acababa de hacerse realidad, y un largo escalofrío le trepó por el espinazo.

Además, habría esperado oír lo que oyó de cualquier otra forma, con cualquier eufemismo al uso, expresión de película de gánsteres, giro lunfardo o jerga

carcelaria: elimínalo, límpialo, cárgatelo, resuelve el problema, descártalo, libranos de él, ocúpate de él, ejecútalo, ventíllalo, desaparécelo, despáchalo, desempadrónalo, dale el pasaporte, hazle la boleta, apióllalo, enfríalo, achúralo, desembarázate de él, quítanoslo de en medio, dale matarile, amortízalo, cepíllatelo... cualquier cosa, por rebuscada o chusca que hubiese sido, le habría impresionado menos que aquel sencillo y terrible imperativo, el más preciso y directo de entre todos los posibles. Ni un rodeo, ni un circunloquio, ni una ambigüedad: «¡Mátalo, Pastor!».

Del capítulo 20

Ya ha anochecido cuando ella se despereza un poco y dice que le apetece ducharse. Él se incorpora en la cama para mirarla caminar desnuda hacia el baño, y poco después se junta con ella bajo el agua y la enjabona, y se abrazan envueltos en vapor. Al salir de la ducha, una blanquecina gota de jabón líquido se queda, mansamente, sobre el pezón negro y brillante, como si rezumara calostro, o leche de almendras. Caderas maternas. De pie, el cuerpo húmedo y el pelo empapado cubriéndole los hombros como un pesado y virginal manto, las curvas muy suaves en las redondeces de su vientre, nalgas y pechos. Diosa antigua. Venus saliendo de las aguas. El monte Olimpo. La gota en el pezón, ambrosía, néctar de la cabra Amaltea. Hembra de la especie.

Del capítulo 29

La interrumpió tres veces para follarla en la moqueta junto al piano. Mari Claire se echaba en el suelo boca arriba y con un gesto de indolente coquetería se llevaba la mano a la nuca y tiraba hacia atrás toda su fiera cabellera rojiza y fulgurante que quedaba desparramada alrededor de su cabeza, y luego yacía inmóvil, casi como la víctima de un antiguo sacrificio, pero excitada y oferente. Con los brazos y las piernas abiertos y la melena extendida sobre el suelo recordaba las ilustraciones en las que Gulliver había sido atado por los atemorizados liliputienses con maromas que para el falso gigante eran frágiles hilvanes, solo que ella misma era una liliputiense más, con su cuerpo grácil, blanco, casi lácteo y recorrido dulcemente por un sendero de sonrosadas pecas —de vez en cuando algunas más oscurecidas, de un discreto marrón claro, como mojonos para el caminante— que partía del duro vientre,

bordeaba la concavidad del sublime ombligo y ascendía hacia el surco entre los pequeños senos donde los pezones, apenas circundados por mínimas areolas, emergían como pequeños talayotes, como dos traviosos suricatas irguiéndose nerviosamente sobre sus patas traseras cada pocos segundos para otear el terreno. Era una imagen flamígera, con la melena encendida como una antorcha sobre la moqueta y unas briznas de la mecha que la había prendido ardiendo aún sobre el pubis y la vulva hinchada y encharcada.